

COMPañEROS DE VIAJE, por *Enrique Espinoza*.—(Editorial Nascimento. Santiago).

Sería difícil someter a clasificación este breve libro tan denso e intencionado del escritor argentino que es actualmente nuestro compañero en la Sociedad de Escritores de Chile. La causa de ello arranca precisamente de la fuerte disciplina intelectual del autor, que le lleva a contener el desborde del sentimiento, a comprimir las descripciones del paisaje, a abocetar escenas. Un hombre y una mujer en viaje de bodas, con un bagaje de cultura mucho más abundante que el que podrían derrochar en la ostentación de un pasaje de lujo, salen uno de estos últimos años de Santiago para Buenos Aires y Europa por la vía de los lagos sureños; y aquí están las observaciones de la primera mitad de la travesía.

¿Qué ven? Mucho más y algo menos de lo que observan la mayoría de las gentes. Es indudable que han visto las mismas cosas que vemos todos los que pasamos por esas tierras pintorescas; pero la pintoresca exterioridad no le basta al escritor. Tampoco puede pretender el viajero dar a los que leen recuerdos de viaje la sensación exacta del paisaje o de las costumbres extrañas: cuando más sugerir, como de paso, las reacciones que cada cual experimenta en esos contactos momentáneos. En la emoción más o menos profunda que nos hacen sentir ciertos aspectos de la naturaleza, hay algo íntimo que sólo quisiéramos compartir con espíritus reconocidamente afines—como nos pasa en la contemplación de las obras de arte.—Así, por ejemplo, la contemplación de los frescos de la Capilla Sixtina suelen echarla a perder las recuas de turistas pastoreadas por los guías que, espejo en mano, recogen con una curiosidad harto mellada ya, el reflejo invertido de las figuras del cielo raso, o se quedan

escandalizados a medias ante la bárbara grandeza tenebrosa del Juicio Final.

También le estorban a menudo al artista, en sitios como las inmediaciones del Villarrica, los desbordes mercenarios del turismo. Con sentir egoísta que, en el fondo no sea acaso más que pudor y respeto para lo más delicado que hay en el espíritu del hombre, se querría esa belleza para uno solo, o para contados íntimos, por lo menos por un corto tiempo. Y como eso no es posible casi nunca en las trajinadas rutas modernas, resulta a menudo que uno viene a gozar mejor de lo que ha visto evocándolo en el recuerdo. Una pareja que se comprende puede, pues, repetir con placer dentro de casa, la experiencia un poco presurosa y entremezclada de una jira al extranjero.

Enrique Espinoza es un escritor de aguda sobriedad intelectual. Un sensitivo, se defiende con su exterioridad reservada contra los choques desgastadores de la estrepitosa vanidad, el presuntuoso «paraitre» y demás vulgaridades del mundillo literario; a la vez que opone una firme coraza de honradez al barullo de «ideologías» y de apetitos que circulan por nuestro tiempo. Con hombres así la amistad no puede degenerar en chabacanería, ni la confianza menoscabar el respeto. Una clara inteligencia y un limpio carácter engendran la sinceridad, y ésta es justamente la moneda preciosa, por lo mismo que se falsifica tanto, que corre en los escritos del autor de «Compañeros de Viaje».

A sabienda, por lo tanto, de que la mera literatura descriptiva no suelen pasar de un alarde estéril, el autor concentra su atención en ciertos tipos humanos que va encontrando en su camino, y los presenta como el fruto natural del ambiente. En Pucón la pareja chileno-argentina se interesa en el patrón de bote que los lleva en arriesgada excursión por las bocas del Trancura, a la Ensenada y bordeando la Punta que divide la Poza de la Playa. Soriano, el botero resulta un criollo bien típico en su

desgano e inocuidad externa, que disimulan su estolidez—si no es temeridad—ante el peligro.

El autor es hombre de admiraciones y antipatías igualmente pertinaces. Su libro es en buena parte un tributo al poeta epigramático de los *Reisebilder*. Y en Pucón aprovecha una oportunidad para dejar otro homenaje, estampado en la proa del bote de Soriano, al poeta naturalista W. H. Hudson. Es un fresco episodio, digno del maestro en eso de rastrear con llaneza y simpatía en el fondo del hombre del pueblo, del hombre auténtico. Cosa curiosa y, sin embargo, muy natural: esos tres personajes de Pucón, las pampas de Buenos Aires y el puerto de Santos, tienen como un rasgo común de familia, una hermandad de alma. Uno comprende la satisfacción con que el autor, hombre de profundas convicciones sociales, ha ido comprobando la identidad fundamental del hombre bajo todos los climas, y su idéntica reacción a los estímulos como a las presiones del ambiente. Estos personajes parecen advertirnos: Ahogad las aspiraciones ingénitas del individuo a buscar su expresión, a desarrollarse en armonía con su naturaleza, y resultará un aborto humano; en cambio, despertad en él las fuerzas creadoras y no le despojéis ni de sus esperanzas ni del producto de su esfuerzo, y tendréis un aporte a los bienes comunes de la humanidad.

Otra comprobación que hacemos en «Compañeros de Viaje», es que los dones de la ironía y de la sátira arrancan de una virtud afectiva, y no como suele creerse de una negación. El escritor esgrime esas armas en razón de un ideal de perfección, de amor a la belleza, a la justicia. El Viejo Beltrán de las playas de Mar del Plata es una bella naturaleza que como tantas otras no encaja donde debiera estar, porque en un mundo de privilegios hereditarios se ha establecido un determinismo artificial y por consiguiente injusto. Y ese Ribeiro, «chauffeur» en un puerto del Brasil, tiene bajo las callosidades de su vida, una fina sensibilidad caballeresca.—ERNESTO MONTENEGRO.